



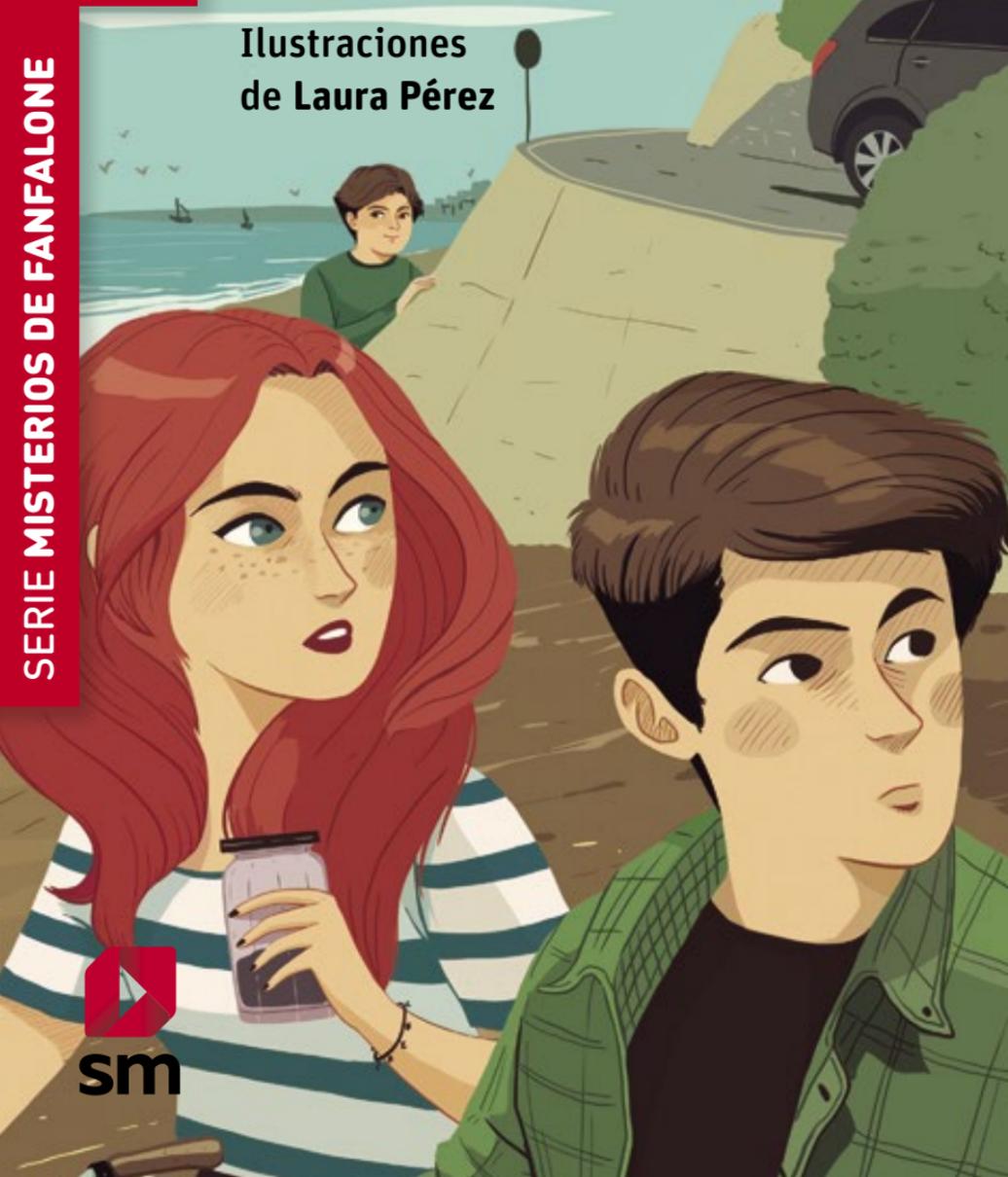
EL BARCO
DE VAPOR

SERIE MISTERIOS DE FANFALONE

Tuvo la culpa Fanfalone

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones
de Laura Pérez



sm



EL BARCO
DE VAPOR

Tuvo la culpa Fanfalone

Alfredo Gómez Cerdá

Ilustraciones de Laura Pérez





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en
www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: junio de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 2018
© de las ilustraciones: Laura Pérez, 2018
© Ediciones SM, 2018
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-303-1
Depósito legal: M-14149-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

TUVO LA CULPA FANFALONE. Él fue quien, a la salida de la escuela, les contó aquella historia que parecía increíble. Aunque no tenía ningún argumento para demostrar su autenticidad, aseguraba que era real y verdadera. Y se basaba en que a él se la había contado una persona que tenía un primo cuyo padre tenía un amigo que era hermano de un vecino de un carabinero de Catania.

Si Fanfalone tenía alguna virtud –cosa que el maestro de la escuela negaba cada vez que le sacaba de sus casillas–, era la capacidad para embaucar, seducir, enredar hasta el total enmarañamiento. No es que contase las cosas mejor que los demás; sin embargo, envolvía a los que le escuchaban de tal manera que era capaz de transportarlos a donde quisiera y de emocionarlos con la historia más disparatada que uno pueda imaginarse. Por ese motivo, Fanfalone siempre tenía a su alrededor un grupo de incondicionales

dispuestos a vivir el relato más sorprendente que podía escucharse en Riposto y sus alrededores, incluso en la provincia de Catania e incluso en toda la isla de Sicilia.

Wanda y Darío le habían escuchado con atención, y cuando le vieron alejarse hacia el puerto, donde sus padres trabajaban en la distribución de pescado, se interrogaron mutuamente con la mirada. Lo que habían escuchado no era la típica fantasía de Fanfalone, que se inventaba a medida que la contaba y que a veces ni siquiera sabía cómo terminar. Además, les había asegurado que esa historia era un secreto y que no debía airearse.



Si se la había contado a ellos, y solo a ellos, había sido porque meses atrás habían descubierto al ladrón de la parroquia de San Giuseppe, un trastornado que llevaba meses descerrajando los cepillos de la iglesia y que, como si de un pirata se tratase, escondía su botín de calderilla junto a la playa, en un agujero que él mismo había excavado. Wanda y Darío le habían visto volcar monedas en aquel agujero, y eso disparó su imaginación. Entonces comenzaron un juego de policías y ladrones en el que ellos mismos eran los intrépidos protagonistas. Vigilaron y persiguieron a ese hombre hasta que, inevitablemente, descubrieron dónde y de qué manera conseguía las monedas.

El hecho los hizo famosos durante un día en todo Riposto y durante una semana en la parroquia de



San Giuseppe. El cura párroco alabó su acción en la homilía del domingo y aprovechó el suceso para intentar convencer a los niños, y a sus respectivas familias, de que fueran a la iglesia; pero como la argucia no tuvo éxito, pronto se olvidó del tema.

Donde realmente Wanda y Darío alcanzaron notoriedad fue en la escuela. Fanfalone encontró un verdadero filón en la historia que habían vivido y, sin que nadie se lo pidiera, se convirtió en el narrador de aquellos hechos, que cambiaba y adornaba a su gusto con toda suerte de disparates.

Así fue como sus compañeros comenzaron a llamarlos «los investigadores». A Wanda y a Darío les hizo gracia. Investigadores... No detectives, ni policías: investigadores. «Investigadores» parecía mucho más, lo englobaba todo. Llegaron a pensar que su futuro podría ser ese: ser investigadores. Pero lo descartaron, pues los dos tenían otros planes.

Caminaron juntos hacia sus casas. A la izquierda estaba el puerto: un puerto demasiado grande para un pueblo como Riposto, que rondaba los quince mil habitantes, situado a orillas del mar Jónico, en el estrecho de Mesina.

Wanda contempló aquella especie de pasillo de agua que los unía y, al mismo tiempo, los separaba del resto de Italia. A su izquierda se alzaba el Etna, mítico y arrogante, con una nube vertical de humo sobre su cráter que advertía de que se encontraba

vivo y despierto: un aviso de que los habitantes de la zona deberían tener presente en todo momento sus intenciones. «Estoy aquí», parecía decir el viejo volcán. «Que nadie me falte al respeto, porque cuando me enfado se me suben los humos y...».

Darío recordó la historia de Fanfalone y suspiró.

–¡Tomaso Farnetti! ¡Ni más ni menos!

–En mi casa no nos perdemos ni un solo capítulo de la serie –aseguró Wanda.

–Ni en la mía.

La serie de televisión estaba causando furor en Italia, y batía constantemente los récords de audiencia. La historia que se contaba en ella, como rezaban los carteles promocionales, «estaba basada en hechos reales», y recreaba la vida y hazañas del policía más famoso de todo el país: Tomaso Farnetti, *Il Testardo*, azote de la mafia durante años, el único que se había enfrentado a ella con valentía, encarcelando a muchos de los capos y desarticulando a varias *famiglie*.

Il Testardo. ¿Habría alguien en Italia que no viese la serie? Desde luego, Wanda y Darío estaban convencidos de que en Riposto nadie se la perdía. Todas las semanas, después de la emisión del capítulo correspondiente, surgían los apasionados debates: que si esta escena era una exageración, que si estos hechos no habían ocurrido así, que si el actor que interpretaba a Tomaso Farnetti era demasiado guapo, etc. Lo del actor era evidente, saltaba a la vista. La realidad

era que el famoso policía, ya jubilado, era más bien feo, bajito y corpulento –por no decir entrado en carnes–, calvo y cabezón. De su gran cabeza sin pelo, en parte, le venía el apodo con el que se había hecho famoso: «Il Testardo», que se entendía como una mezcla de cabezón y cabezota, o testarudo.

–¿Tú crees que lo que nos ha contado Fanfalone es cierto?

–Viniendo de él...

–Pero no se lo ha contado a nadie más.

–Eso es verdad.

–Podría ser que tuviera razón y Tomaso Farnetti...

–No deja de ser raro.

–Sí, muy raro.

–¿Cómo es posible que Il Testardo elija este lugar para pasar su jubilación?

–Muchos jubilados lo hacen. Es un sitio muy bonito, de clima suave, con playas grandes y...

–Eso ya lo sé. Pero... ¿No lo entiendes? Estamos en Sicilia.

–Y en Sicilia está la mafia.

–Solo hay que ver algún capítulo de la serie. Los enemigos de Tomaso Farnetti, contra los que peleó durante toda su vida, vivían en su mayor parte en Sicilia.

–Ya. No tiene sentido que se jubile y se venga a vivir a la isla.

–Con la de sitios bonitos que hay en Italia.

–A no ser que...

-¿Qué?

-A no ser que Fanfalone se lo haya inventado todo.

-Podría ser.

Wanda y Darío llegaron a su casa. Vivían en la misma calle, uno enfrente del otro. Se conocían prácticamente desde que tenían uso de razón. Quizá por eso se llevaran tan bien. Desde muy pequeños siempre habían compartido los juegos.

-¿Jugamos a ser investigadores?

-Pero no tenemos nada que investigar.

-Ya se nos ocurrirá algo.

-Podríamos formar un equipo.

-¿Y cómo nos llamaríamos?

-Wanda y Darío, investigadores.

-O podríamos utilizar las tres primeras letras de nuestros nombres: Wan y Dar. Wandar, investigadores.

-Me gusta, aunque Wandar es muy parecido a tu nombre.

-Entonces, Darwan.

-¡Darwan Investigadores!

-Seremos investigadores famosos.

-¿Cómo de famosos?

-Por lo menos tan famosos como Franco Battiato.

El cantante Franco Battiato era, seguramente, la persona más famosa nacida en Riposto.